

EL OBRERO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Redacción y Administración
Calle de la Soledad, núm. 3

Defensor de los intereses de la clase obrera

Precios de suscripción
0,50 ptas. al mes, 1,50 trimestre

Ni política ni administración

Esto es lo que viene sucediendo en estos pueblos de la Marina desde tiempo inmemorial condenados por obra y gracia de nuestros caciques á la inacción más lastimosa y al extravío político y administrativo más lamentable. Ni se hace en ellos política ni sus intereses se administran del modo debido; la única política, la única administración que aquí impera es la conveniencia personal de tres ó cuatro individuos cuyo poder y dominio solo se concibe siendo esto una sucursal de Frajana ó una desmembración de los territorios del Riff.

No se hace política porque no hay capacidades para hacerla; porque todo el prestigio é influencia de nuestros caciques se reduce á mantener relaciones con el último oficial del Gobierno Civil ó llegar hasta Moret y demás figuras políticas de primera magnitud por intervención de media docena de personas, pero no directamente, y por esto ocurre que estos pueblos no puedan ser nunca tan florecientes como los de las costas del Cantábrico, ni puedan equipararse á los pueblos de Cataluña ni á los de la hermosa región valenciana; superamos á ellos en condiciones naturales que de nada nos sirven ante la insignificancia política de nuestros caciques que no buscan más que la conquista del poder para satisfacción de su vanidad, su necio orgullo y su ridícula soberbia.

No se hace política, porque una vez conseguido el poder por nuestros caciques olvidan y abandonan por completo este distrito al primero que sin conocerlo, ni haberlo visto nunca, necesita un acta para ir al Congreso; no se hace política porque este distrito con-

denado á perpetua orfandad siempre está dispuesto á librar del compromiso á cualquier personaje político, es el distrito de la limosna, sin nadie que se acuerde de él y siempre resuelto á regalarle un acta al primer advenedizo que se presente.

La única política que aquí se hace es luchar por la conquista del poder, porque es muy bueno el presupuesto municipal, es muy conveniente y dice mucho hallar á costas del pueblo cinco criados en los cinco guardias municipales; es altamente equitativo y justo que el pueblo que no tiene nada que guardar pague seis ó siete guardas rurales ó de campo, cuando no son más, para que no solo guarden las propiedades de los capitalistas sino para convertirlos también en fieles servidores y acompañantes del cacique y sus significados partidarios.

Y si de la política pasamos á la administración, no hay más que observar que al cabo de treinta años de dominación caciquista, todavía tenemos que recurrir á la Bomba y al pozo de San Vicente para poder beber aguas regulares, ya que las que caen en las fuentes públicas las rehusan las caballerías en el abrevadero; no hay más que mirar esas inmundas calles de los arrabales, cuyos edificios ruinosos son un peligro constante para los que transitan por ellas, y que en limpieza é higiene se hallan á la altura de las sucias poblaciones de la India; no hay más que observar lo que ocurre con nuestras vías de comunicación, con las carreteras fantásticas, con los caminos vecinales, con los ilusorios ferrocarriles, con todo aquello de trascendental importancia para estos pueblos y que los caciques tienen en el más punible olvido y en el más deplorable abandono.

No hay más que luchar por el poder; conseguido éste, entra el abuso de ese mismo poder, y con él la explotación, la corrupción y el escándalo, atributos estos del caciquismo que todo un pueblo consiente con la docilidad y sumisión propias de la degradación, el envilecimiento y la deshonra. Ni se hace política ni se hace administración; por esto somos lo que somos y representamos lo que representamos en el campo de la política y en la esfera del progreso.

Carta al revuelo

Días pasados, al atravesar por las calles de esta población, como ráfaga de viento, queriendo demostrar la manera antihigiénica como en ello se cumplen los preceptos sobre limpieza de la vía pública contenidos en las Ordenanzas municipales, levantó un remolino de polvo mezclado con materias orgánicas en descomposición, que, al envolverse, me obligó á taparme cara y narices con ambas manos, en cuya ocasión aplasté sobre mi rostro, con sorpresa, una hoja de papel que en letra microscópica escrito estaba. Sorprendido por aquella coincidencia, y juzgando el hecho tal vez providencial, fuíme á la redacción de el periódico EL OBRERO donde examiné el papel que de tan rara manera había llegado á mí; y al ver que, aunque sin firma, iba dirigido á nuestro Diputado á Cortes, y en él se decían verdades como puños que podían interesar al público y al Diputado, con el fin de que ni uno ni otro se privea de su lectura hemos decidido publicarlo.

Dice así la carta, al parecer incompleta: «Al Diputado á Cortes por este Distrito don Jose Jorro Miranda.»

Mi distinguido señor: No me ha sorprendido en lo más mínimo el rompimiento de las relaciones políticas entre usted y el cacique máximo de esta región Sr. Torres; Orduña,

pues lo esperaba y estaba previsto por todos desde la fecha en que usted fué votado por los amigos de este señor. Pero si la buena fé con que usted llegó á confiar en que podrían secundarle, sostenerle y apoyarle en las próximas elecciones frente al cacique grande los que por delegación suya desempeñan los pequeños cacicatos en los pueblos del distrito, muy particularmente el Alcalde de esta población; buena fé que según afirman personas serias que aseguran lo oyó de sus labios le hizo á usted asegurar seriamente que contaba con el señor Lloret como base para presentar su candidatura como piensa hacerlo frente á la del Sr. Torres.

Esto merece sin duda una aclaración; pues por más que nadie que conozca la formalidad y caballerosidad de este señor pueda juzgarle (¿qué digo juzgarle? ni aún suponerle) capaz de adquirir compromisos para no cumplirlos, la afirmación de usted que es considerado como persona veraz, dá lugar á que se crea cuando menos, bien que usted ha obrado con alguna ligereza al decir que contaba con el señor Lloret, ó que este ha dado en otra forma ó modos, motivos para que usted pudiera confiar erróneamente en él; y bien vale la pena de que se sepa de parte de quién la razón está.

He dicho antes que el rompimiento estaba previsto, por que, aun cuando usted hubiese hecho, que no se conocen, sacrificios por servir al país (no á algunos amigos, y entre ellos al referido Sr. Lloret como es notorio) y conseguido dejar huellas de sus gestiones benéficas en pró de los intereses de la región, que tampoco aparecen, el Sr. Torres no le hubiera soportado por más tiempo, por la manera y ocasión en que fué acordada su candidatura; y el medio á que usted no se afirmase en el cargo.

Desde que usted se presentó en Alicante acompañando al Sr. Gasset, ya el Sr. Torres y sus íntimos se previnieron contra lo que todos veían venir; prevención que, con fun-

damento, fué ratificada al saberse los trabajos que se intentaron y practicaron en parte en las inmediatas elecciones en que iban á presentarse, como se presentó, el Sr. Torres, y esto no se olvida nunca. Luego, las circunstancias impusieron la candidatura de usted, porque constituía la única manera de que apareciese á la superficie continuaba la disciplina dentro del partido conservador y resultase triunfante el caciquismo orduñista. Pero al ver el Sr. Torres que su cacicato ha sido vencido en Pego, y le falta poco para desaparecer en Denia, y observar que usted, por las cualidades personales que reúne se iba creciendo y poniéndose en contacto con el cuerpo electoral, como se puso, podía echar raíces en este Distrito, único que le resta hasta que Dios y los hombres quieran hacer justicia, y gracias á las circunstancias de encontrarse todos sus amigos en el poder, había de decidirse, como se ha decidido, á recabar por y para sí la representación del Distrito, que considera feudo de familia, dejando á usted en la estacada, y partiéndole por el eje, en prueba de buena y sincera amistad y demostración de la gratitud que debe á sus allegados.

Esto era lógico que ocurriese, y, como debía ocurrir, ha ocurrido; y miopie es usted si no lo vió venir y se aprontó con tiempo á la defensa.

Ahora el país se pregunta qué ocurrirá. Hay quien cree que no llegará la sangre al río, como vulgarmente se dice; que ni siquiera se colocarán frente á frente para luchar; se harán las paces, y aquí no ha pasado ná, como el andaluz del epigrama, «Caló el chapeo,—requirió la espada—miró al soslayo—fuese y no hubo nada.»

Y, créame usted, esto será lo mejor, porque si van á la lucha y usted vence, pudiera darse—por no decir repetirse—el caso de que apareciesen otras actas como las de marras, de que usted es conocedor,—ya que al parecer el hecho es hecho ó indemostrable, aunque hay quien crea que es casi seguro que en breve se probarán, que alguna vez es verdad que quien delinque la paga—y que por el momento le cerrasen las puertas del Congreso, que se dan y repiten casos semejantes, cuando se trata con caballeros; y antes que pasar por tales amarguras, ya que no cuenta con el Sr. Lloret, retírese usted y no moleste á sus correligionarios que van muy bien en el machito.

Aquí termina lo escrito en

el papel de referencia que conservamos á disposición de los curiosos y es lástima, porque parece debe la carta continuar otras hojas ya escritas ó que el misterioso autor pensara escribir á continuación. Si por acaso otra ráfaga volviese casualmente á poner la continuación en nuestras manos, nos apresuraremos á comunicárselo al público creyéndolo de interés para él.

Por la copia de la incompleta carta,

Un Vileño.

UN SÍMBOLO

Los trabajos de Ibsen y de Bjornstjerne Bjornson en el país de las nieblas, y los de Gabriel D' Annuzio en el del Sol, han dado á la literatura moderna la concepción simbolista: y como nada hay que no se contagie, se propague y esparza, también ha llegado á mí el recuerdo de uno, empleado por famoso novelista en una de sus más notables obras, en ocasión que me la ofrece para plumear en estas columnas.

Los rigores de la estación canicular dan motivo á las gentes de corta posición social, á una tregua, más ó menos duradera, en sus quehaceres. Rindiendo, pues, culto á las vacaciones veraniegas, que hemos convenido en que sean imperiosas, suele reunirse cierto número de amigos que residen en distintas poblaciones de la Península en el resto del año; en una ni lujosa ni mezquina casa de campo que bordea la faja blanquecina de la carretera, tras de la que se extiende un espacioso y quebrado terreno que ería el almendro, el árbol de Minerva y con más abundancia á medida que se espera el horizonte, aquel otro que dió fama á cierto suceso histórico ocurrido en una provincia valenciana y cuyas consecuencias tan de cerca tocamos los españoles, y que limita la sierra con algunas muestras de vegetación en su falda y completamente desprovista en su cumbre. Más al Este el mar, con su suave azul y en calma majestuosa.

Allí, en apacible calma, se consigne el anhelo, la preocupación constante de nuestra idiosincrasia; *matar el tiempo*: allí con la enervadora holganza que infunde el hábito y un fuerte calor, y que alguna vez desmiente la controversia, se comenta y charlotea de cuanto ha preocupado al país durante estos últimos tiempos.

El madrileño, con su locua-

dad y gracejo naturales, nos habla de la eterna pesadilla de nuestro pueblo: la política. De la elocuencia, dotes de mando y parlamentarismo de Maurín, de los talentos financieros de Villaverde, con la ruptura franca y definitiva de éstos; de la *liaison* política de los liberales con el *pater familias* al frente, que lo acapara todo restando autoridad y prestigio al nuevo gobierno; de las artes de Moret y de los resentimientos de Canalejas; del gubernamentalismo de Salmerón y de la minoría republicana, dueños de la confianza del cuerpo electoral é impotentes para toda acción eficaz tendente al logro de sus fines, que es el deseo de la mayoría del país; de la sensatez y civilismo de éstos, como los socialistas, en las prácticas de sus derechos de reunión y manifestación, apesar de un gobernador como San Luis, que fuera garantía de las leyes, si nó descendiera al sarcasmo y provocación de los vencidos por su autoridad.

Pasa luego á referir la afición al automovilismo despertado en la Corte, cuyo primer entusiasta el monarca le dedica el escaso vagar que sus deberes le dejan, y como de paso, el constitucionalismo debatido en la etapa conservadora, el fracasado intento del gobierno personal, de los proyectos de boda del Rey, y de las conveniencias de que recaiga su elección en ésta ó la otra Princesa, según el punto de vista político del *causserie*.

Salta á la cuestión de teatros y comenta la labor de Borrás con las traducciones del catalán, del monopolio del Español por Mendoza, las crisis de los del género chico por la campaña antinoctubulera del conde de San Luis, y de la huelga de autores que duró *l'espace d'un matin*; eso sí, salpicado todo el monólogo de los galicismos más en uso.

Nos entera del movimiento intelectual y literario, disertando sobre las últimas obras de los maestros Galdós, Blasco Ibañez y La Pardo, sobre el homenaje á Echegaray y el centenario del «Quijote» con las notables conferencias en el Ateneo, ponderando los de Vincenti y Navarro Ledesma, y los libros de éste y Unamuno estudiando la genial creación de Cervantes con el discurso de Menéndez Pelayo en la Universidad.

Y mientras el interlocutor habla de tanto asunto sin desflorar ninguno, me voy rindiendo á la fatiga y como sedante á tan fulminante verborrear, fijo mi atención en el campo que se extiende á mi

vista, y dibuja mi retina la figura de un mozo fornido, plebérico de vida, que con la curtidura mano empuña la esteva del viejísimo arado romano, llenando de surcos la tierra, bien ajeno á nuestras disertaciones y *farniente*, evocando en mi memoria el oscuro personaje de la *debdcte*, que mientras todo el país es presa del entusiasmo y arde en furor bélico y cruzan sus campos los trenes que llevan los reclutas á la guerra, indiferente á lo que no sea su trabajo:

El labrador ara que ara.

El valenciano con su exuberancia meridional no espera que se haga el silencio y nos pondera las excelencias de la ciudad del Turia con sus floridos vergeles y sus hermosas mujeres; y á seguida de la furiosa contienda del republicanismo de aquella población que siguen en sus extravíos á los jefes Blasco y Soriano, perturbando con ardorosas algaradas, que tan duramente calificara un narigudo personaje, la tranquilidad y el orden de tan hermosa capital. De los dos fanatismos colocados enfrente, el negro y el rojo, que tan de relieve puso la famosa procesión, en que se invocó como argumento contundente la estaca y el revolver, más de una peregrina parodia de los tormentos del acreditado Botero, y como secuela la renuncia de Nozaleda á pesar de los arrestos mauritanos.

Y el labrador ara que ara,

Toca el turno al barcelonés y sus primeras palabras son para condenar el delirio del catalanismo, vencido pero no dominado por los republicanos con su sedimento anarquista, y que tiene, en parte, su cause en la extrema centralización de los gobiernos y en la defectuosa administración española.

Pondera el engrandecimiento de Barcelona y el exceso de producción, con su hijuela indispensable la huelga, con la que viene á colaborar otro factor: la incursión del trabajador de otras regiones.

Lamenta la amenaza constante al sosiego y seguridad de sus habitantes, indispensables para el desarrollo del trabajo en sus múltiples manifestaciones, con la plaga anarquista que ha echado sus sinistras raíces en Barcelona y que nada es bastante á exterminar, sirviendo además de estorbo y rémora á la justa demanda de la clase proletaria por su mejoramiento y bienestar.

Tal lacería nada dice en contra de la cultura del pueblo catalán, como el afrancesamiento en sus costumbres de las clases medias, tiene su escusa en el carácter cosmopolita de la población.

Y el jayán ara que ara.

De la excursión imaginativa por las grandes ciudades, venimos á parar á los pueblos víctimas de la dominación caciquil que trae unida á la ignorancia como la hija á la matriz; abrumados con los cargos del contribuyente español sin las ventajas del que vive en grandes poblaciones; incapaces para una obra en común, siquiera sea de protesta, por un escepticismo, que les corroe en todo cuanto se les promete y por quien se les promete; en lo político y lo social fervorosos creyentes de una *nirvana* occidental; juguetes de los oligarcas y último baluarte de un poder que no aciertan á compartir entre sí.

Y el mocetón ara que ara,

Declinaba el sol lentamente dejando luego al largo crepúsculo del verano, ese claro-oscuro del cuadro de la Naturaleza. Sentíase llegar poco á poco esa hora melancólica y dulce en que la claridad nos abandona como sicayese en antro profundo cuando nos disponíamos á abandonar nuestro sitio de reunión, y aun divisamos la silueta de nuestro hombre, esfumada por la menor intensidad de luz, que daba la últi-

ma mano á su labor, contemplando el símbolo de Zola.

Y el labrador ara que ara.

J. Orts Zaragoza.

El por qué es necesario luchar

El ejercicio vigoriza los miembros así como el reposo los atrofia: de estos hechos probados se desprende que todo cuerpo debe poner en funciones todas sus partes y á ser posible á un igual de ejercicio para que todas respondan al fin para que la Naturaleza las creó.

Y si está esta completamente comprobado, las mismas razones nos tienen que inspirar siempre el ejercicio; de todos nuestros derechos, pues así como miembro que no trabaja es miembro muerto, derecho que no se ejerce es derecho perdido.

El Sufragio Universal, paso gigante en nuestra historia política, dá á todo ciudadano el derecho de emitir su voto y de intervenir directamente en el manejo de la vida política y administrativa de la Nación: el renunciar á esta ley es confesar tacitamente la ineptitud del que tal hace.

Si la clase proletaria con solo asociarse ha conseguido las leyes protectoras que se han promulgado en los últimos seis años ¡cuál no serían sus ventajas si ejerciera el derecho de emitir su voto, llevando al Municipio, á las Diputaciones y á las Cortes á quien sus intereses defendiera! Basta solo pensar que en el censo electo-

ral de España representaría de las dos terceras partes.

Iniciado ya el movimiento societario, si la unión de todo el proletariado español se encuentra ya en su período inicial, no cabe duda que no han de transcurrir muchos años sin que aquí disponga de los destinos de la nación.

Esta unión, que hoy pudiéramos decir que se halla en sus albores, no es inconveniente para que la masa obrera acuda á las urnas á luchar por la defensa de sus intereses. Por la falta de hábito, por la condición de dependencia en que hoy vive, no vacilamos en afirmar que su derrota sería segura, pero llevaría consigo la grandeza, la dignidad y la alteza de miras de la práctica de su independencia, que es el medio adecuado para conseguir el triunfo en época no lejana. Sería derrotada, sí, pero enseñaría á la clase capitalista de Villajoyosa que el obrero independiente de hoy no es el esclavo, el siervo, el obrero explotado de antaño, que ponía á los pies de su señor su trabajo, su voluntad y su conciencia; es el hombre que se dignifica para dejar de ser el paria denigrado.

Lo que hay de cierto es la necesidad de luchar, pues el que no lucha es atropellado, y vosotros, obreros, lo habéis sido ya mucho para que no os apercibáis á la lucha. ¿Podéis solos? Mejor: con nadie compartiréis vuestro triunfo, ¡No contáis hoy con suficientes combatientes? Pues hay que buscarlos, y hay que buscarlos entre los que os alientan, entre los que solo desean vues-

tro engrandecimiento; no entre los que desean vuestra muerte y continuamente inventan medios de anularos.

Esta es la vida, por esto es necesario luchar, pues es bien sabido que el que no lucha es vencido y siempre se guarda más consideraciones al que cae en el combate que al que cobarde, sin medir las fuerzas con que cuenta se declara vencido.

El Sincero.

Como se administra un pueblo

Tenemos unos presupuestos municipales, que para las conveniencias caciquiles siempre, todos los años, absolutamente todos, vienen á liquidarse gastos por ingresos, ni céntimo más ni céntimo menos; pero que para aquellos que con su dinero vienen á formarlos y sostenerlos, ó sea para los vecinos de Villajoyosa, debieran liquidarse con superávit, mal que pese á nuestros caciques, si el pueblo no fuera tan apático, y la masa obrera se interesara más directamente en aquello que es de su incumbencia exclusiva, en saber cómo se invierte su dinero por los mangoneadores y directores de nuestra política local.

Y no hablamos tan solo por el prurito de criticar, ni por espíritu de rebeldía como creen algunos; hablamos con aquellos datos que se necesi-

FOLLETÍN DE EL OBRERO (3)

Cuento de Balzac Ya des

SEDUCCIÓN

Lonchín persistió en su negativa, sin dejar de dibujar figuras geométricas en la arena.

—Vaya, Lonchín; cuéntamelo... Si á mí no me importa, y por eso no me he de enfadar... Con tal que de aquí en adelante seas fiel...

—Te digo que no, mujer. Me ha parecido siempre una acción indigna poner en ridículo ó robar la dicha á otro hombre.

Se conoce que Lonchín había leído también el *Ideal de la Humanidad*, de Krause, y con más aprovechamiento.

Quedaron algunos momentos silenciosos. Al cabo, el caballero dejó escapar una risita nasal, haciendo al mismo tiempo una bonita greca con el bastón. Parecía reír con su propio pensamiento, con algún recuerdo que de pronto le asaltara.

—¡Lo ves cómo has hecho algo prohibido!—exclamó la esposa, mitad sonriente, mitad enojada.

—No, querida; voy á contarte lo que ha sido,

para que no levantes castillos. Atiende un poco. Estudiaba yo el último año de carrera. Era por Enero, y me hacía ingeniero en Junio. Un sábado recibí en el hotel una tarjeta de Moreno, mi encargado, á quien conoces, diciéndome que aquella noche no podía ir á la Comedia, donde tenía abono, y que, si quería, podía ocupar, presentando la tarjeta al acomodador, su butaca, fila siete, número cinco. Recibí un alegrón. Los sábados solía ir al teatro, pero era al paraíso del Real, donde se suda hasta la primer papilla que uno ha tomado. La perspectiva de ir á butaca á un buen teatro y sin costarme un cuarto, me sedujo. Me puse de tiros largos, los más largos que tenía, y después de tomar café con los amigos, me fui á la Comedia. En la fila detrás de mí, esto es, en la ocho, había una mujer preciosa, regordeta, un poco chatilla, así como tú. Ya sabes que no me gusta otra clase de mujeres. Unos ojos saladísimos, de esos que le hacen á uno cosquillas en el alma... como los tuyos.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Á un lado estaba un caballero joven y no mal parecido, que debía de ser su marido. Pues, señor, como yo no fumo, y tenía pocos amigos en aquella época, en vez de salirme al vestíbulo, me dediqué á contemplar á aquella señora, que me gustaba, te lo confieso, de un modo atroz. El marido se conoce que era un hombre poco celoso y á la buena de Dios. No se fijó poco ni mucho en

ello, y eso que no la quitaba ojo. Leyó *La Correspondencia*, *El Correo*, *El Heraldo*, cada uno en un entreacto. En cambio ella lo notó admirablemente en seguida, y, la verdad, me parece que no la disgustaba. Al menos, con cierto disimulo me echaba miraditas de vez en cuando, que me ponían hueco y esponjado hasta lo indecible. Toda la noche duró aquel tiroteo. No atendía poco ni mucho á la representación. Estaba nervioso, alegrísimo. Nunca las había visto más gordas. ¡Qué sé yo las quimeras que me forjaba para lo futuro!

Cuando terminó la representación, procuré salir á su lado, y tuve la dicha de sentir la dulce presión de su brazo contra el mío. Estaba temiendo que se fuera en coche. Afortunadamente no fué así. Tomaron el camino de su casa á pie y de bracerío, lo que yo sentí como una ofensa personal. En mi concepto, ningún hombre tenía ya derecho á dar el brazo á aquella mujer más que yo. Siguieron la calle del Príncipe hasta el final, escoltados de cerca por mí. Entraron en la calle de las Huertas, en la plaza de Matute, en la calle de Atocha, en la de Santa Isabel. De vez en cuando, con poco disimulo ya, ella volvía la cabeza. Cada vez que esto sucedía, yo me sentía transportado al séptimo cielo. Entraron por fin en calle del Salitre. Estaba bastante oscura y completamente solitaria á aquellas horas. De pronto observo que mi hermosa desconocida veuve la cabeza con mayor descaro aún que antes, y des-

tan para demostrar la certeza de nuestras afirmaciones. Que los presupuestos municipales arrojan mas ingresos que gastos y que han debido arrojarlos desde treinta años á esta parte, por más que siempre se hayan liquidado gastos por ingresos, hablarán por nosotros los capítulos más importantes de nuestros presupuestos para ver si podemos vencer á nuestros caciques (porque no hay peor sordo que el que no quiere oír) de la verdad de lo que decimos.

GASTOS

	Ptas.
Sueldo de empleados oficinas municipales.	9500
Material de Secretaría.	1500
Escribientes temporeros.	1000
Guardia Municipal.	3000
Alumbrado.	3000
Limpieza, arbolado, aceras, fuentes, empedrados, caminos vecinales y personal de cementerio.	6500
Alquileres de casas escuelas Casa cuartel y Estación telegráfica.	2000
Junta local de Reformas Sociales.	800
Por la obligación contraída con Vicente Mingot.	300
Contingente provincial y cupo al Tesoro.	3000
	46000

Total presupuesto de gastos. 77600

INGRESOS

Puestos públicos, cementerio, matadero y pesas y medidas mayores de uso voluntario.	21000
Licencias para edificar.	4000
Cincuenta por ciento de cédulas personales.	1500
Arriendo de Consumos.	80000

Total presupuesto de ingresos. 106500

Estos son los principales capítulos de nuestros presupuestos municipales porque si bien no figura en ellos el contingente de enseñanza es porque se computa con el recargo municipal sobre la contribución territorial é industrial.

Como el resultado demuestra hoy un superavit de 28.900 Pesetas por más que nuestros caciques se empeñan en liquidar gastos por ingresos; y si desde hace treinta años esas 28.000 pesetas sobrantes se hubieran aplicado convenientemente á las necesidades de la población no beberíamos ahora aguas enojosas ni los vecinos del Barrio Nuevo carcerían de Faente, ni en nuestras calles se sentirían esos olores insoportables muy apropiado para el desarrollo de infinidad de epidemias, ni carceríamos de caminos vecinales ni de carreteras ni de escuelas para enseñanza; pero por algo Inchán nuestros caciques desesperadamente por el poder, esto lo explica todo. Y tu fi votar pueblo dócil y fanático; á votar mientras ellos saben aprovecharse de tu increíble imbecilidad.

Ordep Samot.

Semana política

Van resultando ciertos los augurios del calendario político. Las

tempestades parecen haber estallado ya en el campo conservador, donde, si Dios no lo remedia, está perdida la cosecha. Y todo por un acta, señores, por un acta con la que hubiera afeitado el novel Jorro al tradicional Torres, si llega á concedérsela.

Pero no es sólo la granizada que se ha desencadenado en el campo Orduñista; lo peor es esa plaga Jorrista que va extendiéndose en este distrito, según confiesan los mismos conservadores.

Yaquel talento, aquel joven de porvenir, aquella tabla salvadora del partido conservador, para cuyos méritos no encontraban frases de encomio y enaltecimiento los que hasta hace poco eran sus amigos, se ha transformado de la noche á la mañana en una verdadera plaga, según esos mismos señores, que no se percatan de decir públicamente que apesar de ser tan pequeño le habían crecido mucho las alas y ha sido necesario que se las cortara el califa Torres.

Pero señores orduñistas, mucho cuidado en el esfuerzo que tengan que hacer para cortar esas alas, porque ya no son de ruiseñor, sino de gavilán, y podría ser causa de la muerte política de ustedes.

La rotura de relaciones políticas entre Jorro y Torres es un hecho; pero un hecho que reviste mucha gravedad, por más que los conservadores digan ahora que es una verdadera plaga de la que han tenido que deshacerse y pronostiquen desdichas sin cuento al partido que se encargue de él.

No cabe ya fórmula de avenencia entre ellos por cuanto Torres

quiere que Jorro se uno del montón, lo que decorosamente no puede aceptar nunca el joven diputado.

¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer todo era alegría en el campo conservador; hoy una tristeza reveladora d agrandes amarguras invade todos los semblantes. Y no es por haberse desprendido los conservadores de esa plaga, sino por el temor de que se una á los demócratas y acabe con el coloso.

Pero no hay miedo, porque aquí nos conocemos todos, y al fin y al cabo ¡caciques! al pueblo le da lo mismo.

La cancillería orduñista ha concedido ocho días de armisticio al beligerante Jorro para que resuelva lo que más le convenga, pero siempre sobre la base de que respecto al futuro candidato será lo que decidan los jefes locales de los diferentes pueblos del partido.

¡Claro!... La decisión ya la puede usted presumir, Sr. Jorro.

Mientras tanto nosotros esperamos también el término del armisticio para ver si la plaga jorrista, como dicen los conservadores, se resuelve en lluvia benéfica para ellos, ó, por el contrario, termina en furioso vendaval, que muy bien pudiera arrasar el cacicato de Orduña.

Imprenta de Antonio Reus: Alicante

pués de cerciorarse de que yo estaba á corta distancia, se empina sobre la punta de los pies, llama la atención del marido como si fuese á decirle algo al oído y le sopla en la mejilla el beso más sonoro, más estrepitoso que yo escuché en mi vida... Chica, por un poco me desmayado de vergüenza é indignación.

—¡Qué bien!—exclamó la joven, soltando una alegre carcajada. Y luego echándome una rápida mirada, dijo:

—¿Oye, Lonchín; el beso fué tan bueno como éste?

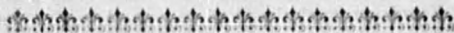
Y, diciendo y haciendo, se inclinó hacia él y le sopló otro en medio de la cara que, en verdad, podía sostener la competencia con cualquiera.

—¡Mujer!—exclamó el marido asustado, volviendo la cabeza á todos los lados.

Yo di un brinco y me aleje á paso de lobo de aquel sitio.

¿Despechado?

No; contento, porque llevaba mi artículo en la cabeza.



¡SÓLO!

Fresnedo dormía profundamente su siesta acostumbrada. Al lado del diván estaba el velador maqueado, manchado de cenizas de cigarro, y sobre él un platillo y una taza, pregonando que el café no desvela á todas las personas. La estancia, amueblada para el verano con mecedoras y sillas de rejilla, estera fina de paja, y las paredes desnudas y pintadas al fresco, se hallaba menos que á media luz: las persianas la dejaban á duras penas filtrarse. Por esto no se sentía el calor. Por esto y porque nos hallamos en una de las provincias más frescas del Norte de España y en el campo. Reinaba silencio. Escuchábase sólo fuera el suave ronquido de las cigarras y el pio pio de algún pájaro que, protegido por los pámpanos de la parra que cifo el balcón, se complacía en interrumpir la siesta de sus compañeros. Alguna vez, muy lejos, se oía el chirrido de un carro, lento, monótono, convidando al sueño.

Dentro de la casa habían cesado ya tiempo hacía los ruidos del fregado de los platos. La fregatriz, la robusta, la colosal Mariona, como andaba descalza, sólo producía un leve gemido de las tablas, que se quejaban al recibir tan enorme y maciza humanidad.

Cualquiera envidiaría aquella estancia fresca, aquel silencio dulce, aquel sueño placido. Fresnedo era un sibarita, pero solamente en el verano. Durante el invierno trabajaba como un negro allá en su escritorio de la calle de Espoz y Mina, donde tenía un gran establecimiento de alfombras. Era un hombre que pasaba un poco de los cuarenta, fuerte y sano como suelen ser los que no han llevado una juventud borrascosa: la tez morena, el pelo crespo, el bigote largo y comenzando á ponerse gris. Había nacido en Campizo, punto donde nos hallamos, hijo de labradores regularmente acomodados. Mandáronle á Madrid á los catorce años con un tío comerciante. Trabajó con brio é inteligencia; fué su primer dependiente, después su asociado; por último se casó con su hija, y heredó su hacienda y su comercio. Contrajo matrimonio tarde, cuando ya se acercaba á los cuarenta años. Su mujer sólo tenía veinte. Educada en el bienestar y hasta en el lujo que le podía procurar el viejo Fresnedo, Margarita era una de esas niñas madrileñas, toda melindres, toda vanidad, postrada ante las mil ridiculeces de la vida cortesana, cual si estuviesen determinadas por sentencias de un código

